

*Ugo Pipitone **

Algunas anotaciones sobre el entrampamiento mexicano

SUMARIO: I. Una premisa sobre la salida del atraso. II. Herencias revolucionarias. III. Izquierda mexicana. IV. Narco e instituciones. V. Epílogo no optimista. VI. Bibliografía.

I. Una premisa sobre la salida del atraso

El atraso asume muchas formas en el tiempo y la geografía entre polarización del ingreso y pobreza difundida, baja productividad y aguda diferencia intersectorial de la misma, mala calidad institucional y menguada credibilidad social. Estamos frente a algo más complejo que un retardo, el atraso es el lugar donde modernidad y tradiciones premodernas se vuelven, en su interdependencia, un sistema coherentemente proyectado a la reproducción de sí mismo. En la variedad de sus formas nacionales, diversos rasgos comunes son discernibles. Y de la misma forma, las experiencias históricamente tardías de su superación (como homologación de productividad y bienestar con los países a la vanguardia en estos terrenos) también muestran características comunes que, salvando sus modalidades, valen para fines del siglo XIX como para inicios del siglo XXI, para los países escandinavos como para el Oriente asiático.

Pero la empresa histórica de emancipar un país entero del atraso supone algo más que la imitación de experiencias exitosas previas; no es suficiente (aunque necesario) el cumplimiento de algunos requisitos, sino que se requiere la construcción social de su recíproca compatibilidad dado el contexto físico y temporal. En más de un siglo apenas una docena de países han podido cumplir el salto y eso es todo lo que tenemos para demostrar que del atraso es posible salir reconociendo, sin embargo, que sólo pocos países han podido hasta ahora realizar la empresa. Cada experiencia exitosa tiene aspectos de

* Investigador y académico del Centro de Investigación y Docencia Económicas CIDE.

unicidad irrepetible en el equilibrio entre imitación e innovación; un éxito que muestra *ex post* lo azaroso de la combinación de factores políticos, económicos y culturales, nacionales e internacionales que lo hicieron posible.

Pero, como decía Durkheim, las cuentas sueltas requieren el hilo de un razonamiento racional para engarzarlas. De ahí es inevitable comenzar, de la homogeneidad escondida en la heterogeneidad: lo común de diferentes experiencias pasadas que, volteando la tortilla, se vuelve un conjunto defactores variablemente ineludibles en los casos de emancipación del atraso que puedan concretizarse en el futuro. Y a este propósito no son necesarios ni sofisticados modelos econométricos ni audaces filosofías de la historia para reconocer algunos de estos rasgos comunes, es suficiente una mínimamente acuciosa lectura de estas experiencias que incluyen países como Suecia, Alemania, Italia, Dinamarca y Japón a fines del siglo XIX y Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong Kong y España a fines del siglo XX. Extraigamos de la multiplicidad de formas y contextos nacionales las similitudes más repetidas.

- Del atraso se sale rápidamente o no se sale. La experiencia acumulada indica 4-5 décadas. El crecimiento acelerado es requisito ineludible.
- Ningún país ha salido del atraso arrastrando una agricultura de baja productividad en economías regionales de reducida capacidad dinámica.
- Sin instituciones operativamente capaces y socialmente creíbles no se sale del atraso. Corrupción e ineficacia institucionales pueden ser compatibles con el crecimiento, no con la salida del atraso.
- Ninguna experiencia exitosa ha comenzado su camino con indicadores de desigualdad comparables a los mexicanos (y latinoamericanos) de la actualidad.
- No se sale del atraso sin un fuerte sentido político y social de urgencia del cambio.

Esto es aquello que parece indicar una historia secular. Salir del atraso significa hacer posible y compatibilizar los cinco componentes indicados. Si algunos de ellos no alcanzan la disposición adecuada, serán muy altas las probabilidades de que la salida del atraso sea sustituida por su modernización, por un crecimiento incapaz de vencer la fuerza gravitatoria de los equilibrios existentes.

Ahora bien, ninguna de estas condiciones está presente en el escenario mexicano de la actualidad, a partir del bajo crecimiento de la última década, con un PIB que crece a una tasa media de 2.1% frente al 3.6% de la media latinoamericana. En las últimas tres décadas (1981-2008) la productividad en México (PIB/ocupados) registra un retroceso de 9% frente a un incremento de entre 30 y 60% en Colombia, Chile, España y Turquía y de 15% en Brasil. Añadamos una agricultura cuya productividad (Valor añadido/ocupados) es apenas de 3,400 dólares frente a 6,600 de Chile y 19 mil de Corea

del Sur. Acerca de la condición institucional, el Índice de percepción de la corrupción (IPC) de Transparency International (que podemos considerar un proxy de calidad institucional) ubica a México más cerca de Haití que de Chile. Al mismo nivel de ingreso per cápita de México, sólo Rusia, Libia y Nigeria registran una peor calidad institucional.

En pocas palabras, México es la décimocuarta mayor economía del mundo, pero se encuentra en el lugar 77 (entre 213 países) en PIB pc (a paridad de poder de compra) y en el lugar 98 (entre 178 países) en calidad de las instituciones. Sin considerar, naturalmente, que el narcotráfico amenaza convertir un grave problema de retardo de calidad del Estado en un desastre institucional impredeciblemente prolongado. Recordemos al margen que la última vez que el país fue presa de desesperanza e impotencia frente a la criminalidad descontrolada, se entregó a una dictadura liberal que duró 34 años y concluyó con una revolución que produjo un millón de muertos. Acerca de la polarización del ingreso, con un índice de Gini de 52, México es uno de los países más polarizados del planeta; entre 161 países sólo 16 tienen un índice de Gini peor al de México.¹ O sea, el país se encuentra en el 10% de los países más desiguales del mundo a la conclusión de siete décadas de revolución institucional. Finalmente, ni de la política ni de la sociedad parecería surgir en estos años un amplio sentido de urgencia frente a retardos y deformaciones de la economía y la sociedad mexicanas. Por donde se mire, México no está en ruta más allá del atraso. Todo aquello que la experiencia histórica indica como imprescindible, está aquí variamente ausente en nuestros días.

¿Por qué? ¿Cuáles obstáculos han impedido que la transición política mexicana, después de un régimen de siete décadas, activara fuerzas sociales, económicas y políticas capaces de reconocer y enfrentar los problemas del país disimulados por largo tiempo bajo retórica cívica, estabilidad corporativa y voluntarismo presidencial (a menudo frívolo)? Contestar esta pregunta supone adentrarse en una multiplicidad viva de inercias económicas, políticas y culturales, en las razones que por décadas, a pesar de largos periodos de crecimiento económico, no permitieron al país ir más allá de un horizonte de modernización del atraso, más que de salida del mismo. Estas breves notas son naturalmente inadecuadas a cumplir una tarea tan amplia. Limitémonos a apuntar algunos aspectos de un entrampamiento mexicano que amenaza empeorar en el futuro. A partir de 2012 e independientemente de las profecías mayas.

¹ Los datos mencionados provienen de World Bank Database, World Bank, *World development indicators*, 2011, CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 2010* y Transparency International, *Corruption Perception Index 2010*.

II. Herencias revolucionarias

Dos terceras partes del largo ciclo priísta de la historia contemporánea de México —entre mediados de los años 30 e inicios de los 80 y en un puñado de años finales del siglo— se caracterizó por elevados ritmos de crecimiento económico. Sin embargo, junto con el crecimiento no concurren con similar contundencia los otros factores consustanciales a un proceso viable de salida del atraso: mejora sostenida de productividad agrícola y bienestar rural, consolidación institucional a través de la autonomía de la administración pública de la política, credibilidad social de las instituciones y mejora de largo plazo en la distribución del ingreso. El crecimiento no fue suficiente para compensar la debilidad de los otros *ingredientes* y la mayonesa no emulsionó. Una historia no nueva, por cierto: en el siglo posterior a 1870, México estuvo entre los países de mayor crecimiento mundial sin dejar de ser un país en desarrollo. Y el crecimiento económico imposibilitado a compensar otras fallas sistémicas recluyó al país en un prolongado proceso de modernización del atraso.

Por mucho tiempo se creyó que el crecimiento económico habría mejorado, casi automáticamente, tanto la distribución del ingreso como la calidad institucional. No ha sido así o no lo ha sido en la medida requerida. Una historia tan mexicana como latinoamericana. Historia de eficientes economías agrarias de exportación rodeadas por masas rurales entre subsistencia precaria y emigración, una industrialización incapaz de contrarrestar con su demanda de trabajo la expulsión de mano de obra de la agricultura, profesionalización burocrática con sujeción política y comportamientos patrimonial-clientelares de raigambre colonial, desarrollos democráticos con presidentes todopoderosos, consumos de masas con aguda polarización del ingreso y pobreza difundida, etc. A lo largo de siete décadas, México creció, cambió y, en varios aspectos, progresó, pero no salió del atraso.

Dos continuidades de la historia mexicana, cuando menos desde la Independencia, no fueron rotas en el largo ciclo priísta de crecimiento económico: la baja calidad relativa de las instituciones públicas y la aguda desigualdad social. La ruptura revolucionaria y su declarada prolongación institucional cambió al país pero no pudo quebrar una doble, antigua y renovada inercia. Con un PIB per cápita similar y una mayor calidad institucional, Chile registra el 11% de su población en condiciones de pobreza frente a 35% en México.² Los retardos institucionales tienen altos costos sociales.

El régimen priísta aportó estabilidad institucional en una región del mundo que tuvo que pasar por el *via crucis* de los varios Trujillo, Stroessner y Pinochet

² CEPAL, *Panorama social de América Latina 2010*, Santiago de Chile 2010.

latinoamericanos, sin embargo a la sombra de la estabilidad surgieron figuras inéditas como el sindicalista multimillonario y, más en general, el interminable desfile de clases medias con título universitario (o casi) y líderes populares que, trámite la política, buscaban su ascenso social moviendo fichas clientelares en el gran tablero de la revolución institucionalizada. El régimen priista trajo la opacidad de los mecanismos de toma de decisiones, la ausencia de debate abierto en el partido gobernante, la corporativización de las razones de protesta social con sindicatos cuya docilidad era retribuida con la tolerancia pública hacia el enriquecimiento de sus líderes, una administración pública (especialmente en los aparatos de policía y de justicia) indigna de su nombre y una personalización populista, si bien moderada sexenalmente por el poder inercial del aparato corporativo. La *teatralización* de la política fue la otra cara de una simulación democrática productora de un profundo descreimiento social en la honorabilidad de la política y de instituciones autorreferenciales liberadas de la necesidad de responder a demandas sociales, en gran parte anuladas o deformadas a través de su canalización en los entreverados mecanismos corporativos.

La estabilidad fue obtenida a un alto costo, el de regimantar gran parte de la sociedad en rigideces corporativas, impedir el desarrollo de una cultura política de partidos independientes y producir una política como mezcla de discurso florido (con el sentido de las palabras disuelto en jerigonzas cantinflesco-revolucionarias), populismo institucional y enriquecimiento inexplicable de hombres y mujeres del sistema. El PRI ha estabilizado, ritualizado y congelado la cultura política del país por décadas en nombre de una razón de Estado incapaz de leer los cambios de la sociedad mexicana y de responder con estrategias independientes de la necesidad, crecientemente apremiante, de conservar un aparato de poder consolidado. Resultado: debilidad de una organización social independiente y tolerancia hacia baja calidad institucional y aguda polarización social.

¿Podemos decir que con la doble derrota del PRI en 2000 y 2006 se ha superado una cultura política y un sistema de poder construidos a lo largo de décadas? Probablemente no y ciertamente no tanto como la alternancia de partidos en el poder podría sugerir. Muchas inercias siguen trabajando mientras se prospecta la posibilidad realista de un retorno del PRI a la presidencia (mejor, al poder) en las elecciones de julio 2012.

III. Izquierda mexicana

La transición democrática mexicana podría revelarse más corta que lo imaginado con el posible retorno al poder del PRI. Algo que, de concretizarse, estaría muy cerca de una humillación civil: como decir que 71 años no fueron

suficientes; queremos más. Como si frente a una democracia defectuosa y al recuerdo de una estabilidad semiautoritaria, la segunda opción tuviera un mayor encanto. Lo ocurrido en 2000 fue un error del cual enmendarnos con la vuelta a la tradición de un presidencialismo nuevamente poderoso con su sistema de consensos corporativos. ¿Cómo ha sido posible que esta posibilidad madurara en la sociedad mexicana que experimentaba, por primera vez en más de un siglo, una auténtica alternancia partidaria en el gobierno del país? La respuesta va buscada en varias direcciones: la persistencia de una cultura política que valora la estabilidad sobre los costos de su realización (con Porfirio Díaz y el PRI como modelos históricos), la pusilanimidad del PAN en emprender una campaña decidida contra corporaciones, corrupción, clientelas e impunidades que han carcomido por generaciones eficacia y credibilidad de las instituciones y, finalmente, el recurrente espíritu nacional-populista de una izquierda surgida, en buena medida, en el PRI o educada en su estilo de gobierno y que desde hace una generación obliga a los electores a escoger entre la versión auténtica y la versión renovada del mismo patrón de relación entre sociedad e instituciones.

El PAN paga el costo de su propia flaqueza reformadora en un contexto dominado en la primera década del siglo por el escaso dinamismo económico (cuya máxima expresión actual es la existencia de siete millones de jóvenes entre 15 y 29 años que ni estudian ni trabajan) frente a una América Latina que acelera su paso. Y paga también por culpas que no le corresponden (que no sea por omisión) como la explosión de un problema (presente hace décadas pero menos dramáticamente evidente que hoy) de confiabilidad y coherencia institucional frente al agigantarse del poder criminal en muchas regiones y ciudades del país. Por su parte, desde hace más de 20 años (excluyendo 1988), el PRD registra un consenso electoral que gira alrededor del 16% sin que este principio de realidad, indicador de una temprana esclerosis, haya alterado formas de hacer política ni propuestas que, evidentemente, no convencen a gran parte del electorado. Como si la política fuera una lotería en que se repite la misma apuesta a cada nuevo juego. Lo que preocupa aquí no es tanto la dudosa cultura democrática de las diferentes corrientes que fundaron el PRD (del PRI al Partido Comunista Mexicano) cuanto la dificultad de aprendizaje en la marcha. En síntesis, la nostalgia del pasado tiene múltiples raíces.

A su tiempo la creación del PRD fue un intento de fusionar en un solo sujeto político culturas progresistas provenientes de distintas tradiciones y culturas: trásfugas del PRI, antiguos comunistas, líderes sociales enfrentados a la maquinaria corporativa del régimen, cristianos de izquierda, etc. Y por primera vez en el siglo XX, la izquierda se volvió una opción política no marginal. Esta fusión de culturas, ideologías y tradiciones políticas prometía encarnar las expectativas de una política libre de las simulaciones democráticas

del PRI, de los mesianismos comunistas, de una tradición anarcosindicalista que veía en cada huelga un anuncio insurreccional y de las variadas formas de integralismo utópico de origen cristiano o indígena. No fue así. En lugar de emprender el azaroso camino de una reconstrucción cultural, después de décadas de estilo priísta de gobierno, el PRD reprodujo hasta hoy lo no mejor de estas tradiciones, del populismo al líder carismático, de la ausencia de debate político serio a una inagotable guerra de corrientes con séquito de fraudes electorales internos y demás.

La incapacidad reformadora (en cultura y política) de ese partido ha tenido una prolongada comprobación en el gobierno de la capital del país desde 1997 a través de cinco sucesivos jefes de gobierno del D.F. Catorce años durante los cuales subsidios y obras públicas han sustituido una efectiva capacidad para alterar la relación entre sociedad e instituciones locales haciendo estas últimas más eficaces y transparentes. Las obras públicas, desde el “segundo piso” hasta las obras actuales, han sido la forma compensatoria de la incapacidad de cambio en las prácticas profundas y cotidianas de la vida colectiva. Siguiendo una tradición ancestral, es obviamente más fácil engrandecer las pirámides preexistentes, como los originarios habitantes de estas tierras, que hacer que un policía se comporte como tal (desmontando las redes de antiestado en el Estado) y no como un predador al acecho o que un funcionario (de bajo o alto nivel) no encubra bajo su pertenencia política ineptitud o débil sentido del Estado. Sin la audacia responsable para reformar los modelos de transporte en una megalópolis como el DF, sin promover la participación ciudadana, sin separar la administración pública de las fidelidades partidarias, etc., la izquierda como gobierno local ha mostrado, como el PRI a su tiempo, más responsabilidad que audacia, más poder de estabilización que de cambio. Y no hay muchas razones para suponer que aquello que no se hizo en la capital del país se hará, en el caso de una más que improbable victoria electoral, en la escala del país entero. En síntesis, un país entrampado entre un Estado de baja eficacia y credibilidad (en su burocracia, policías y jueces) y una política con muy escasa capacidad de reforma del Estado. Un equilibrio precario, persistente y ruinoso.

IV. Narco e instituciones

En este contexto ocurre la irrupción de la criminalidad organizada. Y con el narcotráfico el país entra a un *juego* (en el cual se han acumulado a lo largo de 1800 días 27 muertos en cada uno de ellos) del que depende gran parte de su futuro cercano y lejano. Sicilia vive desde hace un siglo y medio las

consecuencias de una presencia capilar de la mafia en la sociedad, en la economía y en las instituciones y a nadie puede escapar el peso que esta presencia tuvo en hacer de la isla la región más atrasada de Italia en bienestar y calidad institucional. México acaba de dar sus primeros pasos en el infierno y si no son detenidos, el país tiene altas probabilidades de entrar en un ciclo secular de debilidad institucional y establecer así las condiciones de un crecimiento económico endeble, de menor recaída social y deformado por los intereses criminales en la estructura económico-financiera.

Algunas partes del Estado combaten en México la criminalidad organizada mientras otras cooperan con ella. Una situación en que cada funcionario honesto sabe de estar bajo vigilancia y amenaza latente al interior de las mismas instituciones cuyas razones intenta encarnar. La crónica de las últimas dos décadas está repleta de ejemplos que aquí obviaremos. En no pocos casos el curriculum criminal de los futuros capos criminales muestra el tránsito previo por la policía o las fuerzas de elites del ejército. En este escenario, el candidato priísta al Gobierno de Sinaloa declara en 2010, frente a las denuncias del diputado Manuel Clouthier, la inexistencia de conexiones entre narco y política en su estado.³ Que es como tener una enfermedad grave y tratar de curarse negándola.

Algunos piensan que para salir de nuestra bíblica matazón cotidiana se necesitan “pactos implícitos” entre autoridades y narcos. “Lo importante es que no se eternicen, que abarquen ámbitos específicos y acotados, y que sean el resultado de un entendimiento tácito, nunca formalizado o verbalizado”.⁴ O sea, defender las formas de la legalidad mientras se viola su sustancia. ¿Cómo convive el Estado con el antiestado sin renunciar a sí mismo? Pero hay otro argumento: “Estados Unidos nunca asumirá la corresponsabilidad de la lucha contra el narcotráfico (...) ¿Para qué dar, entonces, esta guerra, si nuestros vecinos caminan en otra dirección?”⁵ Una sola observación: en Estados Unidos el reto del narco no toca instituciones de larga legitimación y capaces de anticuerpos. La diferencia es obvia: México necesita liberarse de incrustaciones criminales que descomponen aún más eficacia y credibilidad del Estado.

La explosión del narcotráfico en México, asociada al cambio de las rutas de ingreso al mercado de Estados Unidos desde los noventa del siglo pasado, muestra el deterioro traumático de las instituciones, sobre todo seguridad pú-

³ *Proceso*, 6 abril 2010.

⁴ Rubén Aguilar V., Jorge G. Castañeda, *El narco: la guerra fallida*, Punto de lectura, México 2010, p. 56.

⁵ *Ibidem*, p. 102.

blica y sistemas judicial y penitenciario. Pero muestra algo incluso más grave en el presente: la falta de disponibilidad política de la oposición (PRI y PRD) a asumir la propia dosis de compromiso y responsabilidad en una lucha donde, sin retórica, se juega gran parte del presente y del futuro del país. Asistimos a un juego desenvuelto y cínico en el cual la oposición mira desde la ventana, como si el asunto no la concerniera, el enfrentamiento Estado-crime organizado en la esperanza inconfesada de que el Gobierno se debilite políticamente en la prospectiva de las elecciones presidenciales inminentes. Arrastrando los lodos de la historia previa el PRI ha extendido a gran parte del cuerpo político un bajo sentido del Estado que antepone las propias ganancias políticas a las dramáticas urgencias del país. El ejército desplegado contra el narcotráfico es de por sí una anomalía por la incapacidad institucional de enfrentar a través de medios ordinarios el reto criminal y si a eso añadimos la falta de compromiso concreto de las oposiciones resulta evidente la doble falla –institucional y política– en que se despliega el actual combate contra la criminalidad organizada.

V. Epílogo no optimista

Varios economistas sostienen que el problema mayor de América Latina es la pobreza más que la polarización del ingreso y en distintas partes de la región (incluyendo a México) es evidente en esta primera década del siglo la reducción de la pobreza. ¿Significa esto que vamos por buen camino? Algunas dudas son legítimas. Las experiencias históricas de salida del atraso indican que en ninguna de ellas el éxito ocurrió partiendo de una polarización del ingreso tan aguda como la de México. Dejemos de lado las razones económicas que puedan explicar porqué una elevada polarización del ingreso constituye una dificultad en el camino de la salida del atraso, limitémonos a reconocer que una elevada desigualdad representa un obstáculo insuperable hacia la construcción de un sentido social de pertenencia y responsabilidad. ¿Cómo asombrarse que una cultura (sobre todo política, pero no exclusivamente) de *free rider* se difunda con especial vigor en contextos agudamente segmentados? Y si añadimos instituciones de mala calidad, el efecto combinado constituye una persistente corriente contraria a un sistema de reglas socialmente interiorizado.

En las páginas anteriores hemos indicado como Chile constituye una anomalía latinoamericana en lo que concierne a la calidad de las instituciones. Recordemos los datos: el índice de percepción de la corrupción 2010 asigna a Chile una *calificación* de 7.2 frente a 3.1 de México. Sin embargo, esta gigantesca ventaja chilena no ha sido suficiente para que este país pu-

diera dejar a sus espaldas una condición de atraso que, si bien en formas menos agudas que en México, sigue caracterizando su economía y sociedad. Queriendo reducir el razonamiento a sus mínimos términos, la salida del atraso supone el encendido de, por lo menos, tres motores mayores: aceleración económica, fortalecimiento institucional y menor desigualdad. Si uno de estos tres factores falla, o no entra en un circuito de retroalimentación con los otros, las posibilidades de salida del atraso se recortan drásticamente. De estas tres *condiciones*, la América Latina actual cumple una. México, ninguna.

VI. Bibliografía

- Aguilar V., R., Castañeda, J. G. (2010). *El narco: la guerra fallida*. Ciudad de México: Punto de lectura.
- CEPAL. (2010). *Panorama social de América Latina 2010*. Santiago de Chile: Autor.
- . *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 2010*.
- Transparency International. *Corruption Perception Index 2010*.
- World Bank Database. *World development indicators 2011*.